

## CAPÍTULO XVI

### LA DESPEDIDA DEL PRESIDENTE JUÁREZ

LA DESPEDIDA DEL PRESIDENTE de la República, de sus ministros y demás personas de su comitiva, de la ciudad de Chihuahua rumbo al interior de la República, señala el término de la época dilatada en que el Estado tuvo la gloria y la honra de ser el asilo y la residencia del Supremo Gobierno legítimo y nacional. Creemos conveniente consignar acerca de aquel acontecimiento algunos apuntes para la historia de la intervención de esta frontera, en la que ha tocado a Chihuahua una parte tan importante como honorífica.

“Desde el 29 de septiembre de 1864 en que el ilustre Juárez se presentó en el primer pueblo del Estado, se le abrieron las puertas y los corazones de sus habitantes, que lo recibieron llenos de júbilo y de entusiasmo, no como un Gobierno débil y fugitivo, perseguido por la traición y el infortunio, que venía buscando amparo y salvación en el último rincón de la República, sino como el heróico representante de la santa causa nacional que, a pesar de la desgracia, de los reveses de la guerra y de los esfuerzos de los traidores, tremola en la mano firme la hermosa bandera de la patria, limpia y radiante de justicia y de esperanzas, sostenida por la constancia y la fe imperturbable de este hombre extraordinario, destinado por la Providencia para salvar a México y ante quien se habían de estrellar más tarde las pretensiones temerarias del soberbio Napoleón y se habían de humillar las armas poderosas de la Francia. Los chihuahuenses comprendieron la grandeza del ilustre republicano que, aunque débil y pequeño, fuerte por la justicia de la causa que representa por su buen derecho, y fuerte por su abnegación y patriotismo, no vacila en medir sus fuerzas con las temibles del tirano de los franceses, apoyado y sostenido por otros tiranos de la Europa. Los chihuahuenses comprendieron su deber como mexicanos, supieron estimar la dicha de ser los depositarios del Supremo Poder Nacional e inflamado su antiguo patriotismo, lo recibieron con el entusiasmo, respeto y admiración que merecía el escogido del pueblo para sostener y conservar sus inalienables derechos y se propusieron ayudarlo con sus personas y sus intereses a la grandiosa obra de libertar a México de la esclavitud que se pretendía imponerle.

“El 12 de octubre de 1864 llegó a esta capital y desde ese día recibió repetidas pruebas de afecto, de adhesión y de respeto a su persona, públicas y privadas, lo mismo que sus dignos ministros, como puede verse en el Periódico Oficial de aquella época y en la revista mensual que se publicaba entonces.

“Bastábale al benemérito ciudadano Presidente su elevado carácter, sus eminentes virtudes y la causa que le había traído hasta nosotros, para merecer las simpatías y el respeto de los hijos de Chihuahua; pero el largo período que habitó entre nosotros nos hizo conocer y

apreciar las nobles y distinguidas virtudes de verdadero republicano, que caracterizan al honrado ciudadano Benito Juárez. La sencillez de sus costumbres, la afabilidad y dulzura de su trato, su sencillez incomparable que rehusaba toda ostentación, aun en los actos oficiales, la confianza con que vivió en esta ciudad, sin tener en su Palacio ni guardias ni ordenanzas, considerándose bien seguro con el afecto y patriotismo de sus habitantes, la familiaridad y estimación con que distinguió a varias personas a quienes honró con su amistad, todo esto hizo que lo reputásemos como un hijo del Estado, como un amigo nuestro, como un miembro de la familia chihuahuense.

“En Paso del Norte, en donde residió en dos ocasiones, y en donde tuvimos la satisfacción de acompañarle cuando la fortuna parecía más adversa, entonces resaltaban más tan elevadas cualidades; jamás lo vimos abatido ni desalentado, por el contrario, su fe en el triunfo de la causa nacional era más viva y hablaba con tanta seguridad y confianza y con tal convicción del feliz término de la guerra de invasión, que su fe y su esperanza se comunicaban a los que lo escuchaban, admirando la constancia y la energía del heroico Magistrado que, en el último pueblo de la República, perseguido de los invasores, sin ejército, sin dinero y cuando todo parecía perdido, no desmayó ni un momento ni dejó de combatir, confiando en su fe sublime, en su constancia heroica, en su abnegación propia de un espartano y en su ardiente patriotismo. Los chihuahuenses, testigos de tanto heroísmo y de tan altas dotes, no podían menos de apreciar y estimar cada día más a tan preclaro ciudadano.

“La situación cambió, las profecías del que siempre creyó en el triunfo de la causa comenzaron a realizarse, se llegó la época en que el C. Presidente debía de salir del Estado, se anunció el día de la partida y ésta fue un verdadero pesar para todos los chihuahuenses de ambos sexos. El C. Benito Juárez quiso manifestar su afecto y reconocimiento por última vez a las señoras, obsequiándolas con un magnífico y espléndido baile, al que invitó por medio de esquelas redactadas en los términos siguientes: «Benito Juárez, Presidente de la República, suplica a usted tenga la bondad de honrar con su asistencia el baile que se verificará en el Palacio de Gobierno en la noche del 29 del corriente, en muestra de gratitud a las señoras y señoritas de esta capital, por las repetidas muestras de aprecio y consideración que han tributado al Gobierno Nacional. Chihuahua, noviembre 27 de 1866.»

“El baile estuvo digno de la persona que lo daba y de las personas a quienes fue dedicado. La concurrencia estuvo numerosa y escogida. Las bellas chihuahuenses, engalanadas con gusto y elegancia, inspiraban, con su gracia y hermosura, la alegría y el contento. El C. Presidente, fino y obsequioso, hizo personalmente los honores de la fiesta, atendiendo y complaciendo a todas las señoras y señoritas, las que a la vez le manifestaban su afecto y merecida consideración al representante de la patria, que había honrado con su presencia el suelo de su nacimiento, con el justo sentimiento de su separación próxima.

“Dos días después tuvo lugar en la Casa Municipal otro baile dedicado al pueblo, a quien también quiso obsequiar el C. Presidente con esta muestra de aprecio honrándolo con su presencia; en el que fue saludado y vitoreado por la numerosa concurrencia en el acto de

presentarse. A esta función asistió también el C. Gobernador del Estado, acompañado de algunos amigos.

“En los días siguientes el C. Presidente y sus dignos ministros se ocuparon de hacer la última visita de despedida a las familias y personas de su amistad y estimación, de las que habían recibido muestras sinceras y leales del sentimiento que causaba la separación de tan grandes, tan buenas y nobles personas.

“Natural era que el C. Gobernador correspondiese, a nombre del Estado, a tan finos procedimientos del representante de la nación, a quien sin ellas se le debían consideraciones y respetos muy especiales. Así fue que el C. Gobernador nombró una comisión compuesta de cinco ciudadanos, para que dispusiese lo conveniente para obsequiar al C. Presidente por última vez. Dicha comisión determinó que hubiese otro baile y que el día de la partida se pronunciase un discurso, por un orador nombrado al efecto, en las orillas de la ciudad, en el momento de salir el C. Presidente.

“El baile se verificó el día 8 de diciembre, con la magnificencia correspondiente a su objeto, embellecido por la presencia y gallardía de numerosas chihuahuenses que con sus gracias, su hermosura y sentimientos patrióticos, hacían el encanto de la función. Un grupo de niñas, graciosamente vestidas y con bandas de los colores nacionales en el pecho, provistas de canastillas de flores, recibieron al C. Presidente en la entrada del salón y lo condujeron a su asiento, esparciendo las flores por su tránsito.

“El C. Gobernador y la comisión antes dicha hicieron los honores debidos en casos semejantes. Concurrieron algunos ciudadanos americanos notables que se hallaban a la sazón en esta ciudad y acompañaron a la mesa del ambigú al C. Presidente, lo que dio lugar a diversos brindis que se pronunciaron por los primeros muy dignos de atención por referirse a las afecciones y simpatías de la República vecina por la nuestra; por la semejanza de principios e instituciones políticas que a ambas interesa conservar y proteger sin miras bastardas de interés o ambiciones innobles; por la prosperidad y engrandecimiento de México y en elogios al C. Presidente porque había sostenido y defendido la causa de su patria, sin solicitar ni procurar auxilio ni cooperación extraña, debiéndose el triunfo de la causa nacional a su prestigio, a su constancia y a los heroicos esfuerzos de los mexicanos. El C. Juárez y los ciudadanos ministros contestaron dignamente a dichos brindis, protestando que el Gobierno jamás faltaría a sus primera obligaciones de conservar el territorio nacional íntegro y que México se bastaba a sí solo para vencer, a pesar del poder y la superioridad de los invasores, porque la justicia y la verdad siempre triunfan de la injusticia y la usurpación. En el *Herald* de Nueva York se ha publicado un artículo referente a este baile, que sentimos no tener a la vista para transmitirlo a nuestros lectores.

“Llegóse el día 10 de diciembre de 1866, día de tristeza para esta ciudad, el designado para la salida del C. Presidente y su numerosa comitiva. En la Alameda de Santa Rita, último límite de la ciudad, donde comienza el camino para el interior, se había preparado sencillamente una

tribuna, unos adornos con los colores nacionales y unas poesías alusivas. En este lugar, cuando ya partía el C. Benito Juárez, se detuvo, se apeó del carruaje lo mismo que los CC ministros y todos los que le acompañaban y, en medio de un gentío inmenso, el orador nombrado, C. doctor Roque J. Morón, ocupó la tribuna y pronunció la siguiente alocución:

«Un año hizo ayer que el C. Presidente salió para la villa de Paso del Norte, está hoy en marcha para el interior de la República. Cuán distintas emociones producen ambas salidas. Con el corazón contristado miraban los republicanos sinceros el alejamiento del Primer Magistrado, por causa de la aproximación de los invasores. Con el corazón rebotando entusiasmo ven hoy triunfantes la independencia y la libertad de la patria. Si la ausencia necesaria del C. Presidente, porque sus deberes públicos lo llaman a otra parte, entristece a los chihuahuenses, que conocen y aprecian las altas virtudes de tan eminente mexicano; el motivo que produce la separación atenúa el merecido sentimiento. No veremos ya entre nosotros al primer defensor del nombre mexicano y de la autonomía de la nación, pero crecerá a cada momento la popularidad del Presidente y la brillante fama que como patricio disfruta en todo el mundo civilizado, se afirmará más y más hasta que llegue a su mayor altura, cuando ante la Representación Nacional resigne el mando que, con tanto honor, y con provecho tanto de la República, ha tenido en sus manos o continúa en él si así lo quiere el pueblo, cuando exprese su voluntad por medio de las elecciones populares.

«Cuenta la historia que siete ciudades de Grecia se disputaban el honor de haber nacido en su suelo el cantor de Troya. En España también varios lugares de la península querían ser honrados con el nacimiento del inmortal Cervantes. Nadie puede disputar a Oaxaca ser la patria del C. Presidente, pero Chihuahua tiene la satisfacción de que en su suelo renació para la patria y para la independencia. Y esta fortuna llena a los chihuahuenses de noble orgullo, indecible júbilo y felicidad ilimitada.

«Llegó al Estado el C. Presidente débil y perseguido; sale de él vigoroso y triunfante. Dos años hace apenas que la invasión ocupaba casi todas las poblaciones; hoy tres cuartas partes de la nación tiene su gobierno republicano. Los triunfos sobre los imperialistas se multiplican, el patriotismo crece, el entusiasmo se generaliza y es seguro de que antes de que los invasores abandonen el suelo invadido, el Gobierno Supremo se hallará vigoroso en el centro de la República. Cuatro años de una guerra desoladora no fueron bastantes para apoderarse de todo nuestro país; seis meses, acaso menos, no pasarán sin que las armas nacionales brillen desde el Coatzacoalcos hasta el Bravo del Norte.

«Si son grandes los sacrificios que los mexicanos han hecho defendiendo su independencia y la causa de la humanidad, al defender la democracia, grandes, muy grandes son también los bienes conquistados con la sangre vertida en los campos de batalla. La redención de los pueblos cuesta innumerables mártires; pero son sin número los beneficios que produce para los descendientes hasta las más remotas generaciones.

«¿Qué dirán los pueblos civilizados del resultado de la empresa napoleónica, cuando se apresuran a salir los invasores, como si el suelo que pisan los abrasara, dejando tras sí la sangre derramada a torrentes sin provecho de nadie? Complacidos y orgullosos deben estar con su obra los hombres del retroceso que fueron a mendigar del más poderoso de los soberanos de la vieja Europa, la más absurda y descabellada protección.

«Aquí los grandes hombres de allende el Atlántico se vuelven objetos microscópicos, los talentos rentísticos de primer orden entidades negativas y los estadistas de seguro cálculo, se equivocan en todas sus apreciaciones, como si fueran niños de escuela.

«Grande persipacia debe de haber en los políticos engañados por los hombres del retroceso que prometieron a sus protectores un triunfo fácil y un provecho ilimitado para prolongar el engaño y extenderlo hasta los opositores de la intevención, se inventó un frase que los escritores asalariados estampaban en todas sus producciones. Al patriotismo más puro de los mexicanos lo llamaban ellos *juarismo*, a los defensores de la independencia nacional *juaristas*, a los de la libertad *juaristas* y a los republicanos *juaristas*, dando por resultado verdadero y único, que en todos los países del mundo donde hay ciudadanos amantes de su patria y de sus libertades se les llame *juaristas* y que los *juaristas* se extiendan por toda la redondez de la tierra y que dentro del mismo París había *juaristas* al comenzar la invasón y hoy se han multiplicado hasta hacer la suma de algunos millones.

«El Presidente de la República, llámase como se llamare, es el representante de la nación, del pueblo que ha sabido derramar su sangre por su independencia, y el pueblo sabe que el que lo representa se defiende a sí mismo; que Juárez, la independencia, la libertad y la democracia son entre nosotros una misma cosa; que salvado Juárez, ilesa queda la soberanía de la nación, los derechos del pueblo que supo escogerlo para que lo representara en los días más angustiosos que han afligido a nuestra patria.

«Mañana ya no estará con nosotros el chihuahuense más ilustre, pues el C. Presidente es hoy chihuahuense, que no había tenido desde su independencia hasta nuestros días; pero al alejarse de nosotros que lleve en el corazón un grato sentimiento que el tiempo no hará disminuir. Lleve el conocimiento claro, íntimo de lo que es Chihuahua y de lo que con él ha sido su permanencia entre nosotros.

«C. Presidente: os vais de Chihuahua que tanto os ama, que tanto os admira, pero se nos queda la satisfacción de haberos visto, de haberos conocido, de haber tenido ocasión de admirar vuestra grande constancia, vuestra fe inalterable, vuestro patriotismo incomparable. Cuando estéis en la capital de México, recordad a Chihuahua y sentiréis que el dulce recuerdo corresponde al corazón con un movimiento, signo del grande amor por esta tierra que os recibió como a un padre querido.

«Sed más grande de lo que sois, C. Presidente, y haced a nuestra patria que os ama como su libertador, tan feliz como la primera nación del mundo. Vuestro nombre será inmortal, como los nombres de los libertadores de los pueblos.

«C. Presidente, al decirnos el último adiós, el Estado todo, por mi palabra, se despide de vos y os pide para sus hijos dulces recuerdos, amor de chihuahuense, pues lo sois por fortuna y para gloria del Estado.

«¡Viva la independencia! ¡Viva la libertad! ¡Viva el Supremo Gobierno! ¡Vivan los mexicanos que han peleado en contra de los invasores! Dije.»

“El orador, poseído de los sentimientos que expresaba y dominado por las emociones propias de aquel acto, se veía obligado a veces a interrumpir su alocución. El C. Presidente, los CC. ministros y todo el auditorio que le escuchaba, participaban de las mismas sensaciones que se notaban en la expresión de los semblantes y en los vivas a la independencia y al ciudadano Benito Juárez, llenos de entusiasmo, con que fueron secundadas las últimas palabras del orador.

“En seguida el C. Presidente ocupó la tribuna y, conmovido su ánimo e inspirado por sus sentimientos del momento, estuvo sublime y elocuente en el breve discurso que pronunció, expresando su gratitud al pueblo chihuahuense por el afecto y adhesión al Gobierno y a su persona, de quien tantos beneficios había recibido, por los servicios que el Estado ha prestado a la causa nacional, con sus recursos y con sus hijos, mereciendo por eso su estimación muy particular; que nunca olvidaría a un pueblo que tanto se distinguía por su ilustración, patriotismo, generosidad y nobleza de sentimientos, al que amaba tanto como a su suelo natal, asegurando que ya fuese estando en el poder o ya como simple ciudadano sus votos serían siempre por la felicidad del Estado de Chihuahua. Bien quisiéramos haber tenido un taquígrafo que hubiese tomado copia de esa arenga tan satisfactoria y honorífica para Chihuahua, tan digna del modesto e ilustre republicano, al manifestar a sus conciudadanos los sentimientos más sinceros y nobles de su corazón.

“Al bajar de la tribuna mil brazos lo esperaban para darle el último abrazo, el pueblo se disputaba esta satisfacción, y por largo rato tuvo que detenerse en el estribo de su coche, abrazando a todos los ciudadanos que llegaban a despedirse del segundo Hidalgo, a quien muchos no volverían a ver jamás.

“Partió por fin el benemérito Presidente con sus ilustres secretarios, acompañados del C. Gobernador del Estado, de algunos empleados y de muchas familias y ciudadanos de todas las clases sociales que fueron a dejarlo hasta el rancho de Ávalos, distante una legua de la ciudad. En este punto fue el último abrazo, el último adiós de sus amigos y de los que llenos de sentimiento y de tristeza tenían que volverse a la ciudad. El C. Gobernador siguió acompañándole hasta dejarlo en el límite del Estado.

“Antes de continuar nuestra narración sobre la salida de esta capital del C. Benito Juárez, que dejamos pendiente en el número 9 de este periódico, en el momento en que se despidió por última vez de los señores y señoras que habían ido a encaminar a los ilustres viajeros hasta el rancho de Ávalos, y para no omitir nada de cuanto pasó en la Alameda de Santa Rita, debemos insertar en seguida los dos sonetos que, a los dos lados de la tribuna estaban colocados, hechos por el ilustrado C. José María Jaurrieta, que justamente fijaron la atención del C. Presidente y de uno de los ministros:

*Al C. Presidente de la República*

Cuatro años de indecible sufrimiento,  
mirando defecciones por doquiera,  
replegada la espléndida bandera  
que libre siempre tremolara el viento.

En cada pueblo un sacrificio cruento  
del que republicano y libre fuera  
las llamas del incendio y de la hoguera  
consumiendo hasta el duro pavimento.

Desgracia tanta a muchos intimida,  
a otros les quita la última esperanza,  
creyendo a la República perdida  
entre llamas y ruinas y matanza.  
Mas de Juárez, jamás la fe vencida,  
el grande triunfo de la patria alcanza.

*Al Presidente y a sus dignos ministros*

De libertad el astro refulgente  
alumbra al indomable mexicano,  
que peleó con las huestes del tirano,  
de sangre real y coronada frente.

¡Gloria y honor al noble Presidente:  
el primer liberal republicano  
y a sus ministros de almas de espartano  
columnas de la patria independiente!

Pasaron ya las grandes inquietudes  
que a los buenos de México afligieron;  
no habrá en el porvenir vicisitudes  
si las causas del mal se conocieron,  
y se toman de ejemplo las virtudes  
que de los libres la ventura hicieron.

“Seguiremos, pues, la marcha del Primer Magistrado de la República hasta la línea divisoria del Estado de Chihuahua, cuyos detalles y noticias debemos a la bondad de un amigo nuestro que lo acompañó muy de cerca y de cuya veracidad y exactitud estamos muy seguros.

“Continuando la marcha del rancho de Ávalos a las once de la mañana, se llegó a las cinco de la tarde a la hacienda de Bachimba sin ninguna novedad, habiendo llegado entre ocho y nueve de la noche el C. Ministro de la Guerra y algunas otras personas que no pudieron salir de la capital

al tiempo que lo hizo el C. Presidente, quien se empeñaba de que se devolviese de la expresada hacienda el C. Gobernador del Estado, por evitarle molestias y no porque dejase de manifestarse complacido de su compañía, más estándolo también el C. Gobernador y los otros individuos que, unidos, caminaron resueltamente hasta dejar al Supremo Gobierno en la línea divisoria del Estado, aunque recibían frecuentes invitaciones para que se volvieran de los demás puntos de tránsito, tuvieron la satisfacción de llevar a cabo su insinuado propósito.

“El 11 de diciembre, poco antes de mediodía, se llegó al punto de San Pablo, no tocando Rosales por ser más recto aquel camino, y desde cosa de una legua de distancia de la población, vinieron a recibir al C. Presidente la mayor parte del pueblo, con la excelente música de la villa de Rosales, habiéndose anticipado desde la tarde del día anterior una comisión de aquel vecindario y otros muchos individuos y funcionarios de la misma municipalidad que vinieron más acá de Bachimba con la remarcable circunstancia, en los actuales días de total escasez de cabalgaduras, de venir montados en caballos melados, con excepción del comandante que montaba uno pinto, siendo la mayor parte de los expresados caballos de sobresaliente calidad.

“Los repiques, cohetes y adornos esmerados de las calles y la alegría general expresada en todos los semblantes, daban a San Pablo un aspecto difícil de describir y que seguramente no había tenido antes, ni tendrá después probablemente. El C. Presidente, sus ministros, el C. Gobernador del Estado y las demás personas que los acompañaban, se alojaron en las diversas casas que se les habían preparado de antemano, con una elegancia y buen gusto que ciertamente no eran de esperar y sobre todo con la más franca cordialidad. Después de los refrescos acostumbrados, se sirvió una abundante y exquisita comida, y, habiendo sido obsequiados los principales viajeros en la tarde y primeras horas de la noche en la casa del señor don Guillermo Fellman, terminó el día con un baile que duró hasta el amanecer del día siguiente, debiendo mencionar como exactos narradores, que el C. Presidente, queriendo perpetuar la memoria de su visita a San Pablo y en testimonio a sus habitantes de particular aprecio, erigió en villa aquel lugar, por decreto del día que venimos hablando, con la denominación de villa de Meoqui, en conmemoración también del valiente y malogrado general C. Pedro Meoqui, muerto por los franceses en Ciudad Hidalgo en agosto de 1865.

“Al día siguiente, 12 de diciembre, se hizo la jornada en el humilde pueblo de La Cruz, cuyos moradores procuraron también dar, en su tanto, muestras de respeto y adhesión al Primer Magistrado de la República, viniéndolo a encontrar montados a caballo en gran número, repicando las campanas, tirando cohetes y saliéndolo a recibir también una danza de matachines.

“El día 13 a las diez de la mañana se arribó a la Villa de Santa Rosalía, cabecera del cantón Camargo, de donde salieron a recibir hasta cerca de Las Garzas al C. Presidente, el C. jefe político Merced Valles y los vecinos principales, en carruajes, y en sobresalientes caballos. Se alojó aquel en la casa del mismo jefe político, que es una de las mejores de aquella villa, por ser su dueño también uno de los sujetos más acomodados y, a continuación de un ligero refresco, se sirvió la comida con muy buen gusto y esmero, en la cual después de los repetidos brindis

que dijeron los CC. Presidente y Ministro de Relaciones en honor del Estado de Chihuahua, protestándole la más constante y perfecta predilección, y fueron contestados oportunamente por el C. Gobernador; se leyeron dos pequeños discursos, análogos al momento, por los ciudadanos escribano público Lino Revilla y preceptor del establecimiento de primera letras Pomposo Ponce de León. En seguida de lo expuesto y de las demostraciones públicas de regocijo acostumbradas, de repiques, cohetes y adorno de las calles principales, hubo iluminación general por la noche y terminó ésta con un baile en que lucieron la hermosura, ilustración y buen gusto de las señoras y señoritas de aquel lugar.

“El 14, entre siete y ocho de la mañana, se emprendió la marcha hasta la hacienda de Santa Cruz de Neyra, adonde se llegó a las seis de la tarde, sin haber ocurrido en ella ni en la inmediata noche, ninguna cosa notable. El día 15 se emprendió la marcha a las siete de la mañana, para la villa de Allende y a medio camino se presentó el C. jefe político del cantón de Allende, Inocente Frías, y multitud de empleados, funcionarios públicos y ciudadanos particulares, vecinos de las cabeceras de distrito y de cantón expresadas que, en carruajes y a caballo, vinieron a ofrecer sus respetos y adhesión al C. Presidente, aumentando de un modo extraordinario su muy numerosa comitiva. Entre las personas que se presentaron en aquel acto venía el señor don Francisco de Urquidi que, con su respetable hermano el señor licenciado don Juan Nepomuceno, acababan de regresar de la arbitraria prisión que les hicieron sufrir los franceses en la ciudad de Durango. Entre diez y once de la mañana se verificó la entrada a la villa de Allende, en medio de un inmenso concurso del pueblo agrupado en las calles de la cabecera, que estaban vistosamente engalanadas, teniendo escrito en rotulones a muy cortas distancias, con letras mayúsculas, las palabras siguientes: «Viva el C. Benito Juárez, Presidente de la República». Los cohetes, repiques y música se oyeron sin interrupción la mayor parte del día y en el alojamiento del Primer Magistrado de la nación, que fue la casa de la muy recomendable señora doña Sabina Montes, recibió aquél las felicitaciones y protestas más exquisitas y cordiales, de todos los individuos que lo acompañaban y de que hemos hecho mención, aumentados por la comisión nombrada para recibirlo en el acto de desmontarse y por otras muchas personas que se presentaron en aquellos momentos. La comida, en que estamos informados que reinó la mayor animación, franqueza y caballerosidad, no la describimos con todos sus pormenores, por no habernos hallado en ella. En la noche hubo iluminación general en los edificios públicos y casas particulares y la música tocó en la plaza principal escogidas piezas, hasta una hora avanzada.

El día 16 poco antes de las doce se llegó a la hacienda de La Concepción, donde fueron recibidos y obsequiados todos los viajeros con el esmero y cortesía propios de la fina educación y conocidos sentimientos patrióticos de los señores licenciado don Juan Nepomuceno y don Francisco de Urquidi, y habiéndole servido una abundante y bien dispuesta comida, en la que se pronunciaron brindis muy adecuados a la situación, en que se esmeraron en manifestar su alta estimación a los mencionados señores Urquidi, el Presidente de la República, sus dignos Ministros y el C. Gobernador del Estado. En elogio del mismo Estado volvieron a expresarse

os viajeros, de la manera más satisfactoria para los hijos de aquél, volviéndose a emprender la marcha para la villa de Coronado, a la que se arribó a la puesta del sol, acompañando a la comitiva, en calidad de huéspedes desde la hacienda de La Concepción, los señores don Vicente Pancorbo, dueño de la hacienda de Río Florido, el señor don Francisco de Urquidi y el señor licenciado don Manuel I. Muñoz. La llegada se verificó, como siempre, en medio de un concurso numeroso de espectadores de ambos sexos y bajo arcos y colgaduras preparados con bastante elegancia, estándolo también la casa principal de la mencionada hacienda, en que fue hospedado, con sus ministros, el C. Presidente de la República, habiéndoseles obsequiado con una espléndida cena y una serenata que duró hasta medianoche, recibiendo allí el Supremo Magistrado, por decirlo así, los últimos homenajes de respetuoso cariño y simpatías de las autoridades locales y vecinos de la última población de alguna importancia del Estado de Chihuahua.

“El día 17, saliendo a las ocho de la mañana de la villa de Coronado, se llegó a las tres de la tarde a la Hacienda La Parida de la que es dueño el mencionado señor don Vicente Pancorbo, quien, con sus compañeros de viaje los señores Urquidi y Muñoz, tuvo la atención de asociarse al C. Gobernador del Estado y a las demás personas que se propusieron llegar con el Primer Magistrado de la República hasta la línea divisoria del Estado, por no serle lícito pasar más adelante al C. Gobernador. La noche de este último día de reunión se pasó como en una hacienda de campo y bajo la impresión mortificante, que era general y manifiesta, de la próxima separación.

“El día 18 de diciembre de 1866, que será de indeleble memoria para todos los individuos que formaban las comitivas del C. Presidente de la República y del C. Gobernador del Estado, cosa de las ocho de la mañana y en aquella parte del arroyo de La Parida, se desmontaron el C. Presidente, sus Ministros, el C. Gobernador del Estado y todos en general, a darse el abrazo de despedida que para muchos debe ser el último adiós. Renunciamos a describir este acto verdaderamente doloroso, porque basta para formar una idea de él, haber conocido las altas prendas del Primer Magistrado de la República, de sus recomendables ministros y, en general de todas las respetables personas que los acompañaron en su larga mansión en el Estado, y las simpatías y adhesión y amistad que supieron granjearse y que les profesaron perpetuamente los individuos de todas las clases de la sociedad, desde el Gobernador del Estado hasta el último de sus habitantes, y por eso fue que la profunda emoción causada por la despedida de que hablamos, estuvo tan tierna y silenciosa.”

La anterior reseña fue publicada por el periódico *La República*, órgano oficial del Gobierno del Estado, en los números 9 y siguientes, correspondientes al mes de marzo de 1867, siendo sus redactores don José María Jaurrieta y el doctor Roque J. Morón, amigo personal y compadre del licenciado Benito Juárez.

Con relación a la forma modesta y confiada en que el Presidente Juárez vivió en la ciudad de Chihuahua durante su estancia allí y a la confianza que abrigó siempre sobre el triunfo definitivo de la causa de la República, la señora Pioquinta Rubio de Morón, esposa del citado doctor Morón, nos dejó la siguiente semblanza, que copié de la página 294 de la obra titulada *Benito Juárez. Su vida y su obra* de Rafael de Zayas Enríquez.

“...Juárez y sus ministros pararon en la Casa de Gobierno, contigua a la de la señora Pía Rubio de Morón, cuyo marido el doctor Roque J. Morón, era diputado y los había acompañado desde San Luis.

“Refiere la señora Rubio de Morón que arribaron en la tarde y ella les sirvió y asistió desde luego, llegando a ser como de la familia. La Casa de Gobierno comunicaba con la suya por una puerta falsa y por ésta era el tránsito para el servicio.

“Para habilitar la Casa de Gobierno se pidieron prestados acá y allá muebles entre las personas adictas a la causa republicana.

“El Gobierno vivió allí una vida de labor penosa, con días muy largos de inquietud y días de relativa tranquilidad.

“Don Benito leía y escribía hasta altas horas de la noche, dormía poco, levantándose con la aurora y luego salía a tomar el fresco en el jardín público. Lo más del tiempo permanecía en la casa.

“Iglesias y Prieto, al atardecer, ¡salían juntos en busca de distracción! El señor Lerdo era el que más tiempo desaparecía de la vista de sus compañeros.

“Cuando una noticia infundía desaliento en alguno de sus allegados, don Benito desplegaba los labios. No tenga cuidado, triunfaremos.

“Tenía tal fe en el éxito de su causa, que ni una sola vez flaqueó su ánimo.

“Como las puertas de la Casa de Gobierno en donde habitaba don Benito con sus ministros permanecían abiertas de par en par, aun de noche, y le advertían que era preciso cerrarlas, porque podía ocurrirle algo, contestaba:

~La buena causa no se persigue. ¿Qué me han de hacer?

~Pero no está por demás que se cuide.

~¿De quién?

~Del enemigo.

~¿Para qué? Esto va a triunfar, ustedes lo van a ver.

La señora Rubio de Morón, ante aquellos recuerdos, nos dice: «¡Ah! En su trato era un dulce, era un dulce.»